

## **Domingo 18º. Tiempo Ordinario Año A**

### **Lectio divina sobre Mt 14,13-21**

---

El pasaje nos recuerda hoy una de las actuaciones más portentosas de Jesús: multiplicando los escasos alimentos que tenían para sí los discípulos, logró satisfacer a la multitud que, por saciarse de su palabra, había dejado insatisfecha su necesidad de pan. ¡Curiosa manera de quedarse hambriento! Haríamos mal si, como los primeros discípulos, nos quedáramos tan sorprendidos por la magnitud del milagro, que no supiéramos aprovecharnos de la disposición de Jesús para repetirlo de nuevo con nosotros. Porque, y por eso es buena noticia el relato evangélico, cuanto Jesús hizo un día con una muchedumbre hambrienta, está dispuesto a repetirlo siempre que encuentre lo que vio en aquella ocasión: interés en buscarlo, estar dispuesto a pasar hambre con tal de escucharle, y dejarse alimentar con pan y peces multiplicados. Claro que para que Jesús pudiera hacer el milagro, tuvo que disponer de lo poco, pero todo, que tenían sus discípulos... Y aquí puede estar el problema, para Jesús y para la muchedumbre....

---

**En aquel tiempo, <sup>13</sup>al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. <sup>14</sup>Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. <sup>15</sup>Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle:**

*«Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer.»*

<sup>16</sup>Jesús les replicó:

*«No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer.»*

<sup>17</sup>Ellos le replicaron:

*«Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.»*

<sup>18</sup>Les dijo:

*«Traédmelos.»*

<sup>19</sup>Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. <sup>20</sup>Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. <sup>21</sup>Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

---

### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Mateo sitúa la primera de las dos multiplicaciones de panes que relata (14,13-23; 15,32-39) junto al lago, en territorio judío. Su actuación evoca la actuación de Dios en el desierto (Ex 16; Nm 11): el pueblo que le seguía satisfizo su hambre y recogió incluso doce canastos de sobras, uno por cada tribu de Israel. Con todo, el portento que hace Jesús no 'cae del cielo', requiere la intervención de sus discípulos. Ellos advertirán el problema y se sentirán incapaces de solucionarlo. Hasta que no pongan todo lo que tienen a disposición de Jesús, por escaso que sea, no habrá alimento para la gente.

Se inicia el relato con un Jesús ausente. El detalle es algo insólito. Como lo es que sea una muchedumbre la que busca a Jesús y lo saca de su aislamiento. La compasión que le inspira su situación, le obliga a intervenir: cura sus enfermos y sacia su hambre. Es significativo que sean los discípulos, quienes mencionen el hambre como excusa para desembarazarse de la gente y desentenderse de su necesidad. No comparten la pena de Jesús; no siempre la proximidad física, mantenida día y noche, consigue aproximarse a su proyecto y compartir sus sentimientos. Jesús les sorprende, instándoles a responsabilizarse ellos de la necesidad de la muchedumbre; les descubre así la penuria de sus recursos... y la dureza de sus corazones.

Jesús se vale de la escasez de sus discípulos para saciar una muchedumbre, y logra implicarlos en la realización del milagro. La aportación de los discípulos es simplemente ministerial: sirviendo a la distribución de sus existencias, constatan el milagro al recoger las sobras. Haciendo un simple servicio a la muchedumbre se convierten en testigos del milagro. Para que Jesús se siga ocupando de la muchedumbre no será impedimento la indiferencia de los suyos, ni su escasez de recursos: el milagro es fruto de la compasión de Jesús; y serán discípulos, si confían sus existencias a Jesús y sirven a la gentes, los mejores testigos.

### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Lo primero que vio Jesús fue una muchedumbre que lo andaba buscando. Se había retirado a un lugar solitario; y hasta allí lo siguió la gente. Sin caer en la cuenta de las consecuencias, la gente no permitió que Jesús se le escondiese apartándose de ella; no le dejó que la dejara y siguió sus huellas hasta dar con él. Si la gente no se hubiera tomado la

molestia de buscarle, si se hubiera conformado con la ausencia de Jesús, si hubiera aceptado su deseo de quedarse a solas, no hubiera tenido quien saciara su necesidad.

Para conseguir lo que nos falta, deberíamos, en primer lugar, darnos cuenta de que nos falta Jesús: lanzarnos a su búsqueda, sin permitirle que se nos aleje, como hizo la multitud aquel día, es el mejor modo de asegurarnos que él saciará un día nuestras hambres. Dejando que Jesús, por las razones que sean – ¡y vaya que tenía una buena razón! –, se aparte de nosotros, estamos agrandando, sin saberlo quizá, nuestras necesidades, también las más terrenas, las menos importantes. Si no queremos que nuestra escasez de recursos ponga en peligro nuestra vida, no nos quedemos sin Jesús ni por un momento, ... o lancémonos a buscarle siempre que no lo tengamos junto a nosotros.

Pero Jesús vio algo más en esa muchedumbre que lo buscaba; en efecto, sintió compasión de ella. En vez de lamentarse por no haber respetado su soledad, se puso a curar los enfermos. Irrumpiendo en su intimidad, entraron en su corazón: Jesús no se supo defender ante quien le buscaba con tanto empeño como necesidad. Probablemente, a diferencia de la muchedumbre, nosotros no salgamos en búsqueda de Jesús, para no suscitar su compasión. Porque nos pensamos ya curados, nos creemos sin necesidad de encontrarnos con él. Con la excusa de no molestarle, no le seguimos. Perdiéndole de vista, nos perdemos a nosotros mismos. Sólo quien se acerca a Jesús, habiéndole echado en falta, lo encontrará compasivo, comprensivo con nuestras carencias y dispuesto a superarlas. No deberíamos olvidar que Jesús alimentó a una muchedumbre de la que antes se había compadecido y a la que había sanado: antes de proveer el pan, les prestó atención; se cuidó de ellos antes de darles alimento. No satisfizo su hambre sin antes sanar sus enfermos. Calmar su necesidad fue una forma mejor de atenderles, no la única.

Y, ¡mira si no es curioso!, lo que inmediatamente después vio Jesús fue la dureza del corazón de sus discípulos. Fueron ellos los que acudieron a Jesús para hacerle caer en la cuenta de que, donde estaban, en un lugar tan aislado, era difícil procurar alimento para semejante muchedumbre. Jesús pudo descubrir la insensibilidad de los suyos y la incapacidad para aprender de su compasión: querían desembarazarse de cuantos habían buscado a Jesús, sólo porque todo lo que tenían para comer no bastaría para alimentarlos a todos. Es trágico ver a cuantos mejor deben conocer a Jesús, porque le han seguido siempre más de cerca, empeñados en desentenderse del hambre de la gente, una necesidad que padecían por haberse puesto, sin medir mucho el riesgo, a buscar a Jesús.

Y lo más trágico no es que tal fuera el comportamiento de aquellos discípulos, sino que siga siendo la actitud de los que, también hoy, siguen a Jesús más de cerca: los cristianos hoy seguimos desinteresándonos del hambre que padecen muchedumbres, que no tienen aún a Jesús y que todavía lo andan buscando. Parece que el hecho de tener el pan abundante y a Jesús cerca, nos cierra las entrañas frente a cuantos viven privados de ambos bienes. No deja de ser significativo – y no está de más recordarlo hoy – que los países más cristianizados sean los que mejor satisfechas tienen sus necesidades materiales y los que menos responsables se sienten de cuantos pueblos tienen menos que ellos.

Deberíamos, si queremos ser discípulos de Jesús, oír hoy de nuevo su orden: *"¡Dadles vosotros de comer!"*. Aunque sabe que ello nos es imposible, Jesús no permite que nos desliguemos de nuestra responsabilidad frente al que menos tiene o padece más hambre que nosotros. Quien ha descubierto la necesidad del prójimo debe responsabilizarse de ella. De esta forma Jesús descubre a sus discípulos, quienes creían disponer de lo suficiente para vivir ellos, que no pueden pensar en satisfacer su propia necesidad, sin hacerse cargo de la necesidad de los demás. Jesús no ve bien que sus discípulos piensen en desentenderse de los hambrientos, sólo porque no tienen lo necesario para darles de comer. Al proponerles que se encarguen de satisfacer la necesidad de la muchedumbre con los pocos recursos que tienen, les descubre su pobreza y, al mismo tiempo, la dureza de su corazón; no tenían mucho que repartir ni tenían voluntad de hacerlo. Su pobreza era doble: andaban escasos de pan..., y de misericordia.

Por desgracia, los discípulos de Jesús, aún hoy, seguimos disculpándonos por no atender al que menos tiene y justificamos nuestra irresponsabilidad en que tenemos apenas lo imprescindible para acallar nuestra propia necesidad. Creemos que, por no disponer de mucho, no tenemos que poner todo a disposición de quien menos tiene. Y nos equivocamos.

Después de desenmascarar el egoísmo de los suyos, Jesús se sirve de sus escasos recursos para obrar el milagro. No se sabe bien dónde está el portento, en la multiplicación de unos panes o en la utilización de los alimentos que los discípulos pretendían guardar para sí. Jesús se valió de cuanto tenían los suyos para saciar al gentío: les obligó así a poner a disposición de los demás cuanto pensaban reservarse para sí. Pudo saciar el hambre de una muchedumbre cuando convirtió a la generosidad a los suyos. ¿Quién sabe si Jesús no sigue haciendo milagros hoy ya, sólo porque sus discípulos siguen teniendo poca compasión para con los más necesitados y siguen reservándose sus bienes para calmar su propia necesidad?. Estamos, también hoy, negando a Jesús la posibilidad de ser compasivo, siempre que nos resistimos a poner a disposición de los demás cuanto teníamos para nosotros.

El evangelio hoy nos llama a sentir compasión de los más necesitados y a calmar su necesidad con nuestra escasez: dejando que Jesús disponga de nuestros bienes en favor de los que tienen aún menos, veremos la compasión grande de Jesús y estupendos milagros. Si él no fuera ya capaz, tampoco sería digno de nuestra obediencia. Pero no lo sabremos hasta que no pongamos a su disposición cuanto de bueno tenemos: nos perdemos a Jesús y sus milagros, por conservar a ultranza nuestros escasos bienes.